

Una de las más típicas escenas que presencié en Esterri fué la de la fundición de unas campanas. Hacían falta dos para la Iglesia del pueblo y otras varias para los comarcanos, pero como todos los caminos del país son de herradura y muy malos, el transporte desde Francia ó el interior de España hubiese sido casi imposible y costosísimo. Se imponía pues la construcción en la misma localidad; aprovechose la circunstancia de hallarse dos campaneros navarros recorriendo el Pallás, para que la obra resultase ejecutada con expedición y economía, y se encargó á toda prisa el metal necesario.

Arreglose un pequeño espacio junto á los muros de la iglesia, y se improvisó allí un horno con hogar superior, canales para la salida del metal derretido y moldes enterrados. Pocos días antes de nuestra llegada se hizo la primera fundición, de la que resultó únicamente una campana con alguna que otra grieta y no pocos granos y verrugas, pero que sin embargo, y con muy buen acuerdo, se aceptó como buena. El parcial fracaso no desalentó á los fundidores, antes al contrario. Animados por las excitaciones y con la ayuda del pueblo, recompusieron el horno, arreglaron las canales y los moldes, y tomaron cuantas precauciones se les ocurrían para asegurar el éxito de su empresa; y que ésta se realizaría felizmente era indudable; en los corros callejeros, en las tertulias celebradas en los portales de las principales casas, en las mesas de los cafés, no se hablaba de otra cosa que de los preparativos para la fundición y de que la obra resultaría excelente; ¡infeliz el que se aventuraba á manifestar una opinión contraria!

Ultimado todo, el metal en el horno y rebosando de leña el hogar, un sábado por la tarde, previa la bendición del cura, se prendió fuego al combustible y empezó la operación. Monótona al principio, con la llegada de la noche la escena cobró inusitada animación. El pueblo en masa, hombres, mujeres y niños, se congregó en la plazoleta, formando círculo alrededor del humeante horno; dos hombres, sin darse un momento de reposo, echaban enormes troncos á la boca del monstruo, que respondía respirando fuego; otros varios

partían leña y la apilaban en montones enormes; los campesinos, poseídos de su importancia, circulaban por el espacio libre, tentando con largas varillas de hierro el grado de consistencia del metal, que se mantenía duro y sólido; para ablandarlo se aumentó la carga de leña, y se vomitaron troncos y más troncos y siempre más en la parrilla; el calor se fué haciendo insoportable; por las abiertas fauces de la fiera comenzaron á salir llamas que iluminaron siniestramente á la muchedumbre y á los leñadores blandiendo, cual demonios, las refulgentes hachas. Al aviso de que la pasta se reblandecía, la agitación aún aumentó; la leña caía en haces en el horno, las llamas subían amenazando convertir los edificios próximos en pavesas, comenzó á circular el aguardiente, y todos acudieron cargados con maderos para redoblar la creciente violencia de la hoguera; pero en tanto que el metal se licuaba con desesperante lentitud, la arcilla del horno no pudo resistir tanto calor, y principiaron á desmoronarse las paredes; por la brecha de las furiosas llamas arrojaron de su lado á los voluntarios operarios, que llenos de celo sin embargo no desmayaron y prosiguieron á distancia alimentando el fuego. Todo inútil: á pesar de la desesperación de la muchedumbre, de los esfuerzos prodigiosos del pueblo, el horno se iba arruinando, y no se lograba la aleación. En este punto, un grupo de hombres, de entre los que más se distinguían por su ardor, se acercó al alcalde, que se esforzaba en apaciguar los ánimos, comunicándole su intento de quemar viva á una bruja (¡una pobre y desvalida vieja!) que sin duda con sus maleficios era la culpable del malogro de la empresa; no poca habilidad fué necesaria por parte del diplomático funcionario, para que los presuntos verdugos aplazaran ya que no desistieran de su torpe intento. Al fin, viendo los campaneros que por causa de los desperfectos en el horno, más bien se perdía calor que se ganaba se decidieron á dar el atrevido paso, y rompiendo la pared que obstruía los conductos dieron salida al metal, que á medio fundir se solidificó en las canales sin llegar siquiera á los anhelantes moldes.

Durante la madrugada huyeron de Esterri, sin ser vistos, los atribulados é infelices navarros, desistiéndose por entonces de renovarla por dos veces fracasada operación.

La cual continuó siendo la comidilla de todas las conversaciones y excitando los ánimos, hasta que los preparativos para la solemne festividad del Corpus, variaron por dicha el curso de las ideas.

En la mañana de aquel día gran función religiosa, en la que un nutrido coro masculino presidido por el Alcalde, entonó las preces de rúbrica respondiendo al celebrante con más entusiasmo y buena fe que con afinación y orden; poco antes de terminar el oficio, unos chiquillos repartieron entre los concurrentes menudos trozos de pan bendito y florecillas bendecidas también, y enseguida el sacristán (que es además alguacil, ordenanza de telégrafos, cartero y no se cuantas cosas más), pasó por delante de los bancos una santa imagen que daba á besar á cada uno, pero lo hizo con tanta prisa y fogosidad, que á mi, que no estaba advertido, me dió un regular golpe con ella, desapareciendo de mi vista antes de que me diera cuenta de su, por el momento, extraño proceder.

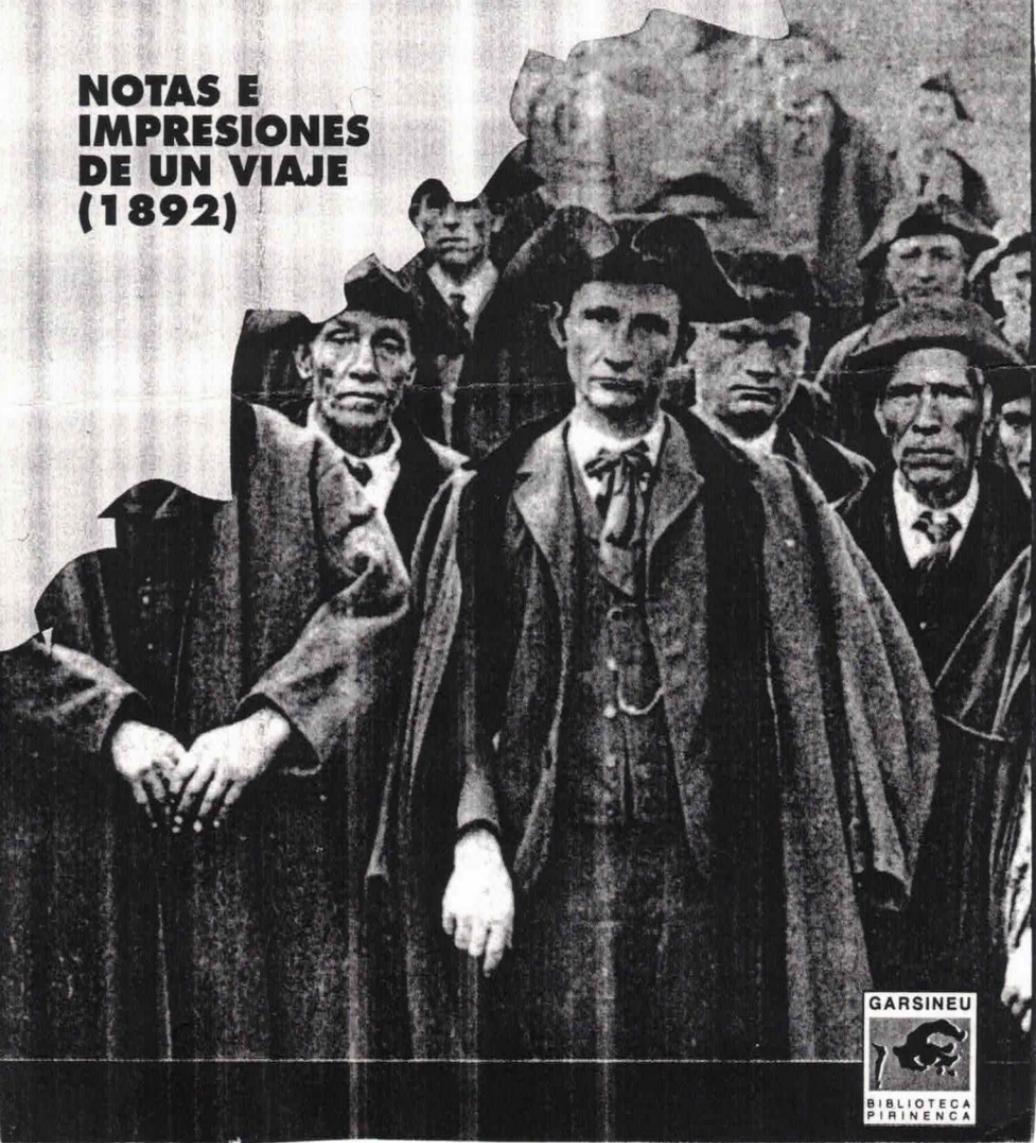
Por la tarde la procesión, como las de todos los pueblos, recorrió las principales calles, presidida por el Alcalde que con un flamante traje era la admiración de los espectadores poco acostumbrados á ver chaquets y sombreros de regular elevación.

Hablando festivamente de éstas y otras muchas agradables cosas, pasábamos las horas de más calor en la estación telegráfica, que su jefe el ilustrado telegrafista señor Garau nos ofrecía amablemente. Allí platicábamos de todo, pues en la habitual concurrencia á la *barbería*, como la llamábamos, dominaban muy diversas aficiones: componíanla; la primera autoridad popular, siempre en carácter aunque sin pedantería, y amigo de presidirlo todo, con tal de presidir; dos empleados de aduanas, uno de los cuales, el Sr. Duque, madrileño de

JUAN AVILÉS

EL PALLARS, ARÁN Y ANDORRA

NOTAS E
IMPRESIONES
DE UN VIAJE
(1892)



GARSINEU



BIBLIOTECA
PIRENENCA